**Sobre el texto de Alain Badiou. Las condiciones de la filosofía**

Dr. Santiago Polop

Uno de los puntos centrales que se desprende del texto de Badiou, es que la filosofía no está exenta ni más allá de los modos en que el tiempo, la historia, las ideas, construyen mundo. Es decir, el pensamiento filosófico, o el que piensa filosóficamente, no recorre caminos alejados de los y las mortales, no se separa de lo que ocurre cotidianamente. Vive en este mundo, lo sufre igual, pero lo piensa distinto. La diferencia radica en que vive y piensa esa cotidianeidad, esa realidad, a partir de registros diferentes a la misma. Emergen esos registros, esas formas del pensamiento, de la intención de “salirse de uno/una mismo/a”, de plantear cierta distancia a la inercia de lo cotidiano.

Digamos, podemos decir, que nuestra cotidianeidad nos impone inercias, cosas que hay que hacer para vivir en este mundo. Lenguajes, prácticas, modos, costumbres, identidades, diferencias, etc. Llegamos aquí y todos y todas (siempre hay la excepción) usamos más o menos las mismas tecnologías, vestimos similar, trabajamos (o aspiramos a hacerlo) en el mismo régimen de trabajo (el asalariado), participamos en redes sociales a través de la interacción virtual. Nos entendemos porque hablamos el mismo lenguaje. No me refiero al “castellano”, sino al hecho de que las palabras adquieren un sentido y un significado que ya damos por hecho: cuando decimos “familia”, seguramente se nos viene a la cabeza una imagen más o menos similar a todos/as. Lo mismo cuando decimos “trabajo”, o “éxito”, o “belleza”. El asunto es que todas esas prácticas, lingüísticas, laborales, políticas, etc., son construcciones humanas, por tanto sometidas a nuestros caprichos de sentido, a las formas dominantes detrás de las prácticas y de las ideas. El tiempo, el modo en que lo medimos, lo contamos, lo administramos, hace de y con nosotrxs, cierta clase de “sujetos” en el mundo. Hay decisiones que no tomamos respecto de quién somos, qué pensamos, cómo interpretamos. Ya son decisiones que tomó la historia por nosotrxs, y en las cuales nos ubicamos como comunidad. Eso es lo que llamamos “cotidianeidad”, o “sentido común”.

Es en este sentido, entonces, que tenemos que comprender que hacer filosofía, es hacerlo también con los elementos que tenemos para pensar este nuestro mundo, pero volviéndolo contra sí mismo. Es la reflexión, la re-flexión. Y la reflexión filosófica es un pensamiento que se nutre de esa inmediatez que es la vida en común, pero que al mismo tiempo intenta suspender esa inmediatez, esa velocidad, para pensar en lo que cualquier inercia pasa por alto. Por eso, dice Badiou, en el pensamiento que busca la filosofía hay una “mezcla” de temporalidades, lo que podemos pensarlo como la tensión entre la imposibilidad de “saltarse” el presente y sus condiciones (condicionamientos), y la idea que, no obstante esos límites, piensa un futuro inmediato deteniendo algún ámbito de ese presente para revisarlo en su sentido.

La historia del pensamiento es también la historia de los límites que ese pensamiento ha tenido de acuerdo a las condiciones de su emergencia. Por ejemplo, Platón, Sócrates, Aristóteles (pensadores de la antigüedad griega), pensaron y escribieron muchísimo respecto de la vida, la democracia, la libertad, todos ellos parados en un sistema esclavista y de sometimiento al género femenino. ¿Invalida ello sus discursos sobre la democracia y la libertad? Para nada. Seguimos pensando con y gracias a Platón y Aristóteles. Pero hay que tener en cuenta esos contextos para explicar sus ideas, sus limitaciones para otros contextos. Aristóteles decía en *La Política*, por ejemplo, que “quien nace esclavo, muere esclavo”. Ello tenía que ver con una concepción específica de la naturaleza, con cierto orden de lo inmóvil, que habitaba en su filosofía y que, de allí, se trasladaba al orden y la virtud de todo lo que existía.

¿Parece muy lejano? ¿Grecia antigua, Aristóteles, qué tiene que ver con el 2021? No obstante, muchas personas aún creen en similares ordenes naturales para los sujetos según dónde nazcan o las *virtudes* que tendrían según su proveniencia étnica, etaria, genérica, social, etc; o la condición natural de competencia que deberíamos ejercer en todos los ordenes de nuestra vida. Por ejemplo, las naturalizaciones de la pobreza, o de la violencia de género, o de la explotación laboral, de riqueza, son modos de dar por hecho un sistema de vida, un sentido. El asunto es creérselo, dar por hechos sus mitos, y lo que hacen con nosotrxs. Nuestras sociedades siguen siendo aristotélicas y platónicas mucho más de lo que creen o están dispuestas a pensar. Pero, otra vez, lo mejor de Platón y de Aristóteles es que su pensamiento filosófico que empujó los límites de lo pensable en su tiempo porque propusieron formas de la reflexión de lo universal en relación a la democracia, la política, las ideas, etcétera, que permitieron ir más allá de ellos mismos.

Es ese deseo de experimentar un pensamiento que de lo cotidiano se remonte a *lo universal,* que exceda la mera particularidad. El riesgo, como le pasó a Platón y a muchos/as, es quedarse en esa universalidad y no poder volver “a la calle”. Riesgo para el pensamiento propiamente filosófico, pero no para otras lógicas de pensamiento en las que el inmovilismo, lo fijo, lo universal sin particular, es conveniente (religiones, o teorías económicas, sociales, educativas dogmáticas).

Badiou quiere señalar la *relación entre filosofía y vida del pensamiento*. Es decir, entre ciertos principios para pensar y la condición que impone la vida histórica. Es esta alquimia lo que impone las condiciones de la filosofía. Entonces, lo que está sugiriendo -y creo que es cierto- es que cuando “filosofamos”, lo que hacemos es preguntar según la experiencia del mundo.

Pero, ¿qué es experimentar? ¿Experimentar es una apropiación subjetiva/individual, o esa *vida histórica i*mpone ciertos “datos” desde los cuales partimos? ¿Cuáles son los “datos” en los que existimos? ¿Cuáles son esos datos en relación al ámbito político, jurídico, lingüístico, educativo? *Experimentar* es una palabra que deriva de prueba, de ensayo. Lo que probamos y ensayamos respecto al mundo, y a esos específicos datos del mundo que señalaba (esos datos que hacen a los ámbitos específicos del derecho, de la política, de lo jurídico, del lenguaje, etcétera), ya están tramados en sentidos y significados, los cuales podemos (y debemos) exponer para que la experiencia sea consciente, es decir -dicho más transparente- para que no nos operen por dentro.

Pensemos cuánto condicionan nuestro mundo la política, el derecho, el lenguaje. Seríamos ingenuos si creemos que en éstos ámbitos no hay ya experiencias hechas que determinan nuestra propia experiencia del mundo que esos ámbitos delimitan. Tampoco somos “pura” experiencia. Digamoslo así: somos expresión de una tensión entre lo que ha sido, lo que está siendo, y lo que potencia lo que será. Pero ninguna de esas tres temporalidades tiene “un” sentido, una definición. Lo que las define son prácticas de anudamiento (culturales, políticas, científicas, amorosas).

En la filosofía platónica, dice Badiou, se experimenta el atravesamiento de la matemática, la poesía, el amor y la política de su época como parte de lo que piensa. Por eso el autor nos dice que la filosofía no puede *trabajar* únicamente a partir de sí misma, como si fuera un saber absoluto, como si operara con categorías exclusivísimas. Eso la haría incomunicable, elitista. Por el contrario, para Badiou la filosofía no debe especializarse en una sola condición, porque la vida ésta hecha de multiplicidades. Ampliando: la filosofía se segmenta en filosofía política, filosofía del derecho, del lenguaje, de la tecnología, de la infancia, de la historia, etc etc. Y todxs participamos o somos participados en la vida filosófica que resulta de esas categorías. Ello porque son todos ámbitos en donde los seres humanos hacemos algo con el mundo, por tanto puede (y debe) ser pensado el mundo que generan, que excluyen, que orientan.

Se juega mucho en la posibilidad de pensar o no qué pasa a nuestro alrededor. Pensar qué nos pasa hoy, aquejados por una pandemia global, no se reduce a qué hacemos con las prácticas que ya no podemos hacer sino, por ejemplo, procurar advertir las tensiones existenciales que nos provoca en nuestra experiencia del mundo y, más allá, los efectos que tiene lo que sucede en el “sentido común” que teníamos del mundo, del derecho, de la justicia, de la distribución de los recursos, de la educación, en el tiempo previo a éste conflicto que atravesamos.

Todo lo que pensamos es, entonces, reflejo de las formas vivientes de la creación humana. ¿Qué creamos con lo que creamos? En todo lo creado hay pensamiento, por tanto, podemos pensarlo. Según Badiou, la relación entre la filosofía y lo que existe de humano en el mundo hay que *buscarlo en los conocimientos que nos ligan al mundo*: el arte, las experiencias políticas, las transformaciones en los modos de relacionarnos, y en el desarrollo científico. “Ligarse” significa que nos generan algún tipo de anudamiento: la experiencia de un concepto como “democracia” liga a cada vez más sujetos a la participación en las decisiones sobre lo que sucede; la tecnología nos liga a través de formas técnicas y tecnificantes, que comunican de un modo, y despersonalizan de otro, etcétera, etcétera. Hacer filosofía no puede estar desligado de aprehender (la H al medio es importantísima en esa palabra) lo que sucede en éstos ámbitos. El riesgo es convertirse en un discurso vacío, sin interlocutores.

Las cuatro condiciones de la filosofía para Badiou son: la *invención científica*, la *creación artística*, las *nuevas formas del amor* y las *invenciones políticas*.

La ***invención científica*** remite al saber del conocimiento. Pero, ¿qué es conocer? ¿qué sabe el conocimiento, y cómo sabe eso? ¿Qué es lo que no conocemos por las limitaciones que tiene ese saber? ¿Qué deja fuera? El poder de tener el saber imaginamos que ya se conoce o se supone (quien sabe leer y escribir tiene poder sobre quienes no, etcétera). Hay en el conocimiento poder, eso es claro. Desde el poder de “saber leer” frente a muchos que no (que era bien claro en otras etapas de la humanidad, por ejemplo entre quienes “traducían” las Sagradas Escrituras a su antojo frente a la mayoría que debía creerles…), hasta el poder de tener el conocimiento que establece qué saber es válido para pensar “lo justo” en el derecho, o la política, el lenguaje, etc. Lo *científico* ya pareciera tener valor por ese nombre, pero el concepto de “ciencia” también es -y ha sido- objeto de disputas por su definición, y su definición cambia el mundo, ni más ni menos. Pensemos que hasta hace muy poquito, en nuestro país se degradó al Ministerio de Ciencia y Tecnología y se lo convirtió en Secretaría al igual que al Ministerio de Salud y hoy, frente a la pandemia, ponemos todas nuestras esperanzas en lxs científicxs y personal de la sanidad. El saber científico se vuelve clave en una sociedad que tiene problemas que demandan soluciones técnicas. El asunto es que muchas veces es ese propio “saber científico” el que genera problemas que requieren nuevas soluciones científicas (por ejemplo, la fisión nuclear, o el calentamiento global, etcétera) porque sus principios ya suponen una forma de interpretar el mundo, por ejemplo utilizar a la naturaleza como un recurso a disposición para un régimen de utilidad.

La***creación artística***se refiere a la transformación de las “formas sensibles”. No se trata apenas de un nuevo cuadro que alguien pintó. **Lo *sensible* es, ni más ni menos, la recepción física y espiritual del mundo, la percepción y la interpretación. N**o son ámbitos que dependan absolutamente de cada cual sino que, al ser ámbitos ya pensados, pensamos, receptamos y percibimos el mundo según categorías ya pensadas y que condicionan nuestro pensar. Por lo tanto, lo que veo del mundo, lo que veo cuando miro a la naturaleza, cuando percibo a una otredad (una persona, un género, una cultura distinta a la mía, un discurso religioso, etcétera), incluso lo que siento de ello, es parte de una serie anticipada, spoileada. Digamos que en lo “sensible” se trama lo que captamos, y cómo del mundo. Entiéndase, entonces, que creación artística no refiere a alguien pintando un cuadro, sino al modo en que nuestra sensibilidad interacciona con el mundo. Así, podemos ir percibiendo que lo “nuestro” nunca es absolutamente “nuestro”...es una idea que pone un poco en tensión esa idea de “mi verdad” y que “nadie me dice qué tengo que pensar, eso lo decido yo...”. Bueno, la realidad es un poco más compleja, como iremos viendo.

En relación a las ***nuevas formas del amor***, aclaremos que Badiou no se refiere a los emojis de corazón como “lo nuevo” para andar conquistando o confesando un amor. En términos filosóficos, se refiere a la *dialéctica de la diferencia* entre hombre, mujeres y, agregamos, otres. El término dialéctica, simplificando mucho, se refiere a una relación que muta, muda de modo permanente, aunque “parezca” fija. El género femenino, en occidente y desde la instauración del sistema esclavista, fue excluido del pensamiento, de la decisión, de la participación en la vida pública. Y esto fue hasta hace muy poquito, si nos ponemos a pensar en serio (el voto femenino se aprobó en nuestro país en 1951). Esa forma de pensar a esa otredad (el género) implicaba modos de relacionarse, de reconocerse, de darse a la *diferencia* y-en este caso- de dársela a esa otredad sin permitirle intervenir.

Lo que Badiou está indicando, creemos que con mucho criterio, es que la relación en la cual nos *reconocemos* con otrxs, también está afectada por los modos en que las otredades son construidas en el mundo. Esa palabra “reconocimiento” es muy poderosa. Piensen que todavía hay personas a las que no se les reconoce derechos, o identidad, o siqueira existencia en el mundo. El amor y el reconocimiento en la Grecia Antigua suponía un marco de relación con las diferencias ciertamente distinto al de nuestra era. Y la forma, el modo, los criterios, las suposiciones son las que se da ese “reconocimiento” entre las partes lo cambia todo, porque está lleno de cosas que muchas veces ni alcanzamos a dar cuenta: prejuicios, interpretaciones del ser, ideologías, sobredeterminaciones. Todas cuestiones que están allí entre nosotrxs y tenemos que poder pensar: las libertades, las posibilidades, las experiencias con las/los/les otrxs.

De hecho, que hablemos o pensemos en lenguaje inclusivo aún nos es una extrañeza, y seguramente a muchxs les resulte ajeno, raro, gracioso, o les produzca rechazo. Pero que esté en discusión el modo de referirnos a cómo nos reconocemos en el lenguaje, supone una modificación en el modo en que sujetos que no se reconocían ni en la A ni en la o, reclaman ser incluidxs. No es apenas una disputa por si suena más o menos bonito hoy en día. Se trata de una disputa por el reconocimiento, de abrir la idea a que hay otredades que no se reducen a binarismos. Binarismos que, también, son construidos: más allá de la genitalidad masculina o femenina, ¿qué hace “hombre” a un hombre? ¿Pelo en el pecho, juegos brutos, sentarse en la punta de la mesa? ¿Y “mujer” a una mujer? ¿Ser “delicada”, vestirse recatada? Si se entiende a dónde vamos con todo esto, verán que la filosofía problematiza cuestiones que -de hecho- ya están entre nosotrxs y que si somos consecuentes con el pensamiento no dogmático, y siempre en la búsqueda de su democratización y justeza, *no podemos suponer que en lo humano hay principios de exclusión absolutos*, ya que todo *lo humano* está -justamente- siempre en cuestión desde un punto de vista filosófico.

Las **invenciones políticas** discutidas filosóficamente, por último, son las que proponen tematizar las relaciones de poder que nos atraviesan y la cuestión -ni más ni menos- de la justicia, lo cual es una enormidad como concepto. En otro texto del mismo Badiou, va a sostener que “justicia es la designación filosófica a la verdad posible de una política”. En sintética traducción, lo que llamamos *lo justo* sería una resolución de los modos en que el/los poderes existentes en el mundo logran definirlo, y que la filosofía busca tematizar, exponer, cuestionar, etc. En términos filosóficos, es una verdad in-hallable, es decir, sin un punto de verdad absoluto. Lo que la humanidad y sus distintas expresiones ideológicas vamos haciendo, es ponerle un nombre a ciertas prácticas y modos que consideramos que hacen o involucran a la justicia social.

Si “justicia” es una designación, significa que está en el ámbito del lenguaje y de cómo ese lenguaje nomina y representa estados de cosas que no dependen en sí del lenguaje, sino de cómo logra instituirse una nominación. Para que se den cuenta de qué hablo: en la Grecia antigua, era tenido por “justa” la esclavitud; en Argentina, hace apenas 150 años, era “justa” la matanza de indios; y en nuestro país, hace no mucho, se tenía por justa la apropiación de bebés por parte de quienes ejercían el gobierno de facto en la última dictadura cívico-militar.

Al hablar como lo hace Badiou, de una “...verdad posible de una política”, nos está dando indicios de que el régimen de posibilidades al respecto es siempre un infinito, y que lo que tenemos son apropiaciones siempre parciales por parte de la política, que es el ámbito en el cual los humanos dirimimos relaciones de poder, de dominación, de disenso. Y eso es bueno, es deseable. La política siempre es un ámbito que debemos desear, que nos atraviesa necesariamente, que no podemos renunciar ni queriendo. Algo siempre decide, sepamos o no, querramos o no. Cuando la forma que adquiere ese disenso político cancela la política, es decir, cancela la democratización, como los ejemplos que citaba, dejamos de hablar de “posibles”, y todo se dogmatiza, se oscurece, se hace más pequeño, chato, y criminal.

Como notarán, son todas enormidades estos ámbitos. Por eso es fácil perderse en lo que es filosófico de lo que no lo es, y muchas veces creemos que podemos hacer filosofía de cualquier cosa o desde “mi verdad”. Pero, si todo es filosofía, nada es filosofía. Esto es bastante más complejo, como se irá notando. La filosofía anda en la búsqueda de **conceptos** para poder dar pistas de dónde estamos parado cuando hablamos. Un concepto es una síntesis apretada de muchas cosas, de pensamientos, de historia, de vida, de concepciones. Es un *concebir.* El concepto “naturaleza” tiene un significado ciertamente distinto según nos paremos en su construcción occidental, moderna y europea, o lo hagamos de una construcción de pueblos ancestrales.

La filosofía, como saber errante (que transita, que recorre) por los modos en los que existe el ser humano, no se queda en ningún lado fija. Involucra todas las variables posibles para que su pensamiento y sus conceptos sean más y más abarcativos, más democráticos, más inclusivos. Siempre sabiendo que nunca serán absolutos, nunca se sabrá el todo. Dice Badiou, sobre la experiencia humana, que la filosofía “brinda los medios para circular a través de esas experiencias”. ¿Qué quiere decir acá “circular”? Significa que el saber de la filosofía procura orientarnos, romper la idea de que hay un camino fijo, de dar vida a los caminos que parecen ya muertos. Entonces, si hacemos filosofía -por ejemplo- sobre el concepto de justicia, o de política, o de lenguaje, de educación, lo que intentamos es dar herramientas para cuestionar lo que ya habita al interior de los saberes que ya tenemos sobre lo justo, lo político, el lenguaje, la educación.

El objetivo, en definitiva, es responder preguntas en torno a la existencia, y responderlas de un modo tal que la respuesta sea la posibilidad de la siguiente pregunta. Hay descansos, siempre los hay. Los libros de filosofía, y quienes los escriben, afirman cosas, no se quedan en ningún limbo. Pero saben que lo hacen y, si son honestxs, dicen en función de qué principios, de qué sistema de ideas, qué los orienta.

Badiou nos aclara que la pregunta filosófica debe orientarse a esas condiciones que nos dan vida, por tanto, pueden resumirse en ¿qué es vivir? ¿qué es la verdadera vida? ¿de qué vida podemos estar orgullosos?

La filosofía, en definitiva, al remontarse a la pregunta y sobre las condiciones que se han mencionado, intenta ayudar a vivir, ni más ni menos. Ayuda a vivir más libre, más comprensivo, más ubicado en una trama existente en la cual es fácil perderse, y que nos hagan perder. La categoría “verdad” es la central para la filosofía, pero no para buscar una verdad última, como si la hubiera. La filosofía toma las formas de la verdad como son enunciadas por aquellos ámbitos que le dan sus condiciones: las invenciones científicas, la política, el arte, el amor. ¿Se entiende esto? Lo que se sugiere es que la categoría filosófica de verdad está vacía, pero la operatoria filosófica se inicia a partir de verdades que le son exteriores (y que están en esos ámbitos que hemos mencionado, que son productores de verdades, o al menos eso quieren proponer: la verdad del saber científico, de qué es la otredad, de cómo relacionarnos, de qué es lo justo, etcétera). La filosofía entonces, dice Badiou en otro texto suyo, *libera la composibilidad de lo plural* de esas verdades. ¿Qué quiere decir? Que la filosofía intenta revelar que toda “verdad” es un compuesto complejo, plural, de muchos elementos, que componen eventualmente algo que “parece” un todo. Interrumpe el régimen de sentido, lo hace tambalear, le sustrae sus cimientos.

Dice Badiou que con ello nos liberamos del peso del tiempo y de las ideas antiguas. Pero, ¿porqué el tiempo sería “pesado”? ¿Cómo llega a pesarnos? Lo que pesa en nuestras espaldas, nos fija a un lugar, nos hace más lentos, nos hace mirar el piso, o nos deja sin poder levantar mucho la cabeza, nos hace más predecibles en nuestros movimientos. ¿Por qué querrá la filosofía liberarnos de ese peso? ¿Por qué las ideas antiguas nos aprisionan? No es que estén mal por ser “antiguas” (de hecho, dijimos hace un rato que seguimos con las preguntas de Platón), sino que es su antigüedad las que les imprime con las condiciones en las que hicieron filosofía, por tanto corremos el riesgo de habitar pasados (y en ellos sus creencias, sus modos de conocimiento, de relacionarnos e identificarnos, de percibir y aceptar mundo, de resolver relaciones de poder), y que eso nos condicione el pensamiento de nuestro propio presente.

Badiou sostiene que la filosofía es, en ese sentido, *juvenil.* Es decir, no que es “sólo para lxs jóvenes”, sino que su carácter de corruptora la emparenta con modos del crecimiento humano en donde no aceptamos la autoridad tan fácilmente (el rechazo a los mandatos paternos y maternos, por ejemplo, tan elementales en la formación de la personalidad). La filosofía tiene, entonces, una función esencialmente *corruptora.* Claro que no en el sentido asociado que tenemos de “sentido común” a esa noción, como algo inherentemente negativo (aunque podríamos/deberíamos pensar porqué se ha negativizado tanto ese concepto, y puede tener que ver con cuidarlo de su uso más revolucionario). El tipo de corrupción que referimos es la que moviliza el suelo en el que estamos “seguros” de pisar, y la que nos empuja para llevarnos a las verdades (plural, siempre) de la cual somos capaces. Corromper es para la filosofía desacomodar, incomodar respecto a las respuestas dadas. Sócrates, la gran figura de la Grecia clásica, fue condenado a muerte bajo la acusación de “corromper a la juventud” por hacerles cuestionar a sus mayores y a los dioses. Ese es el poder de la pregunta, y esa fue la respuesta de las fuerzas que organizaban esa “realidad” griega.

La filosofía genera incomodidad, de allí que Badiou señale al final de su texto, que es fácil ganarse con ella la “enemistad” con su práctica, en tanto si es una actitud de transformación, de movilización, de desarticulación de identidades fijas, de quiebres de respuestas asumidas. No hace falta demasiada profundidad para entender esto: la pregunta genera la necesidad de fundamentación. Es común escuchar, frente a una pregunta que busca argumentos, la respuesta de que “bueno, es mi opinión, yo tengo la mía, vos tendrás la tuya”. Ese argumento, es una forma de protegerse detrás de una idea de “libertad de expresión”. La filosofía no la ataca ni la pone en juego. Cada cual puede tener su opinión, su creencia. Pero indagar en niveles más profundos para descubrir qué somos, a partir de qué elementos, qué nos constituye, con qué objetivos, con cuales prácticas, etcétera, requiere de poder establecer una comunicación a un nivel más amplio que la comodidad de “mi opinión”. Y eso, puede generar problemas. Pero también genera, sobre todas las cosas, libertad.